

Amor al prójimo para dar gracias a Dios

Desde el día que su hija salvó milagrosamente, Creuza Lima (brasileña, casada, dos hijos) hizo de su vida un permanente agradecimiento, el que hace visible a través de su alegría y muy buena voluntad.



En cada fiesta de la parroquia Nuestra Señora de Pompeya está Creuza presente en alguna o en varias etapas: acarreando materiales, cocinando, organizando, actuando, bailando, vendiendo, atendiendo. Cada vez que llega alguna persona con un caso social complicado, se le puede llamar por teléfono

y moviliza a su colectividad. Ella y Celio, su marido, siempre están dispuestos a ayudar. Y lo hacen con alegría.

Él es funcionario del Consulado de Brasil en Chile desde noviembre del 2005. Antes estuvo en Bolivia, donde también vivió Creuza, y antes en otros países de América latina, pero sin su familia. “Como los niños eran pequeños primé quedarme en mi país hasta que cumplieran cierta edad. Ahora ya son grandes, 23 y 28 años”, explica Creuza.

Ella desde niña tuvo una gran cercanía con Dios. Sin embargo, fue una experiencia de fe que la marcaría definitivamente: “Mi hija tenía un año y dos meses cuando por un accidente casero se quemó todo su cuerpecito. Quedó muy mal, desahuciada por los médicos y yo en todo momento decía ‘esto no va a pasar’ y hasta el director del hospital me llamó para decirme ‘mamá, usted tiene que estar segura que su hija probablemente no va a vivir’. Yo a partir de ese momento, empecé a rezar a mi madre Nuestra Señora de Aparecida, y un sacerdote me dijo ‘continúe con esa fe que tiene y su hija va a vivir’. Ella estaba en coma y me quedé como unos tres días orando, siempre tomándole sus manos, que era lo único que no estaba quemado. Y de repente, como a las 3 de la madrugada, mi hija apretó mi mano y ahí yo llamé a los médicos y ellos dijeron que debía ser un reflejo... y no era, porque en seguida mi hija abrió los ojos y empezó a hablar. ¡Mi hija se sanó y no tiene nada, ninguna cicatriz. A los 15 días de salir del hospital, ya no tenía la piel negra de la quemadura!

-¿Un milagro?

- ¡Claro! Y a veces cuando tengo que llamar a un santo, a una santa para pedir algo, yo tengo vergüenza de pedirlo, porque la gracia que recibí fue tan grande que creo que no necesito pedir nada más. Entonces tengo que dar más de mí, y siempre que puedo cuento ese testimonio y otros más.

-¿Esa es una de las razones por la que colabora tanto?

Yo soy bendecida en mi vida: con el marido que tengo tenemos una base feliz, mis hijos son muy especiales, tengo una suegra que es una madre, me llevo bien con mis familiares, donde esté hago amigos muy queridos entonces, soy muy feliz. Tengo experiencias de fe, en mi vida y con mi familia, muy grandes. Por eso es que tengo que dar mucho de mí, para retribuir de alguna forma todo lo que he recibido y recibo de Dios.